

# ¿Qué nos ocurrió a los cubanos?

Lino B. Fernández

**T**ODOS CREÍAMOS ESTAR CON LOS PIES EN LA TIERRA ESA MAÑANA DEL 1.º de Enero de 1959, menos Batista y su corte que volaban fuera del país para no volver. No podíamos imaginar que la escena del tirano escapando prefiguraba la diáspora de nuestro pueblo, que comenzaba ese mismo día y que se prolongaría hasta hoy, abarcando a millones de cubanos, desintegrando la familia, transformando la esencia de la nación en un «no sé qué» que a todos nos afecta negativamente.

En los primeros 55 años de la historia de la República, hubo un diferendo Cuba-EE. UU. que influyó notablemente en la historia de los 50 años siguientes. Durante los años 50 no había satisfacción con la situación política y social de Cuba, sino una lucha por el poder político usurpado por un tirano. En 1956, la encuesta nacional hecha por una institución que no era de izquierda, la Agrupación Católica Universitaria (ACU), no pretendía ocultar la realidad del país, y nosotros no pretendíamos el poder político, sino la verdad acerca de la realidad social. En 1956 había dos Cubas. La que aparecía en la encuesta, y la otra Cuba, la que estaba en desarrollo y tenía avances en las leyes sociales, una sociedad civil fuerte, una extensa clase media y una moneda estable y sólida. Nuestra tesis era mantener aquellos logros y resolver los problemas del subdesarrollo. La élite revolucionaria procedió a destruir sistemáticamente la segunda Cuba, quizás porque pensaba que era indispensable para sus fines.

En 1959, una histeria masiva se creó en Cuba, murió el derecho a disentir. Terminó la prensa libre. Las estaciones de radio fueron unificadas para prevenir discrepancias con la línea de la Revolución. Otros sectores políticos fueron ignorados aun dentro del 26 de Julio. Así se pavimentó la vía para incesantes intervenciones que destruyeron los poderes civiles, económicos, políticos y judiciales. Cesó el Estado basado en la Ley, así como la Sociedad Civil. No había formas políticas de expresar el derecho a disentir. Si disentías, eras un batistiano, un contrarrevolucionario o un agente del imperialismo. El disenso tenía que expresarse mediante la fuerza de las armas. El Gobierno cubano ignoró a la oposición, como hace ahora. La suprimió. Estados Unidos la manipuló. Después de 46 años, nada ha cambiado.

Quizás la historia podría haber sido diferente si elementos ajenos a Cuba no hubieran participado en ella como lo hicieron. Nuestra ineptitud para

resolver nuestros problemas y aun para aceptarlos —sin achacarlos a otros—, fue en la República, y sigue siendo en la tiranía, nuestro máximo desajuste.

Durante casi tres años viví otra experiencia: fui testigo del nacimiento y compartí la lucha con muchos hombres que no esperaron por otros para asumir la responsabilidad por sus propias decisiones. No eran mercenarios ni defendieron intereses personales o foráneos. Sabían que tenían poderosos enemigos. Algunos eran educados, otros, analfabetos. Procedían de todas los niveles de la sociedad, de todas las creencias. La mayoría no eran de aquellos generales y doctores que dirigían la anterior República, y mucho menos, batistianos. Fueron simples ciudadanos que reaccionaron contra un torbellino de cambios sociales, políticos y económicos que presionó al pueblo cubano, cuando el destino de todos fue decidido por unos pocos.

Que yo sepa, los cubanos no fueron a la Embajada americana en La Habana a consultar al cónsul o al embajador antes de decidirse a luchar o no contra el nuevo Gobierno. Fue una reacción masiva.

Nunca una élite de gobierno cambió tan rápido en tan corto tiempo; nunca hubo tal brote de entusiasmo por un futuro mejor como al comienzo de la Revolución; nunca tanta frustración entre muchos de los entusiastas, sobre todo al final de 1959.

Fue fácil, aunque costoso, conspirar en Cuba. La Revolución estaba armada hasta los dientes, aunque el líder preguntara «¿armas para qué?». Los discursos acerca del poder y el poder real, nunca cesaban; tampoco los tribunales callaban, y el número de sentencias alcanzó cifras increíbles. Todo cubano era consciente del riesgo que afrontaba. A mediados de 1961, en Isla de Pinos había 6.000 prisioneros, 15 por ciento de los cuales eran ex guerrilleros. Las grandes prisiones de Cuba estaban abarrotadas. Si calculamos dos por provincia, y eran más, con 2.000 prisioneros políticos cada una, habría ya 24.000 prisioneros, 30.000 contando los de Isla de Pinos; más los invasores de Girón y las incontables cárceles abiertas o semiabiertas, las granjas y sitios de construcción donde trabajaban prisioneros. Cuba era ya una gran prisión.

Es imperativo apuntar la existencia de otra vasta resistencia interna que no califica en ninguna de las categorías mencionadas y que fue masivamente deportada, por su apoyo a las guerrillas, durante estos primeros años de la Revolución, desde el Escambray y áreas montañosas similares, a otras provincias. Simultáneamente, hubo una emigración masiva dentro del país, esta vez forzada. Pueblos enteros fueron reconcentrados como medida preventiva, al estilo Valeriano Weyler.

En la lucha entre las grandes potencias por la supremacía militar, los cubanos quedamos atrapados. El balance de poder era lo que contaba. Nuestra soberanía no significó mucho para los designios de las superpotencias. Si poseer a Cuba era realizable, tenía que hacerse. La resistencia cubana no era de interés para la CIA, a menos que pudiera ser controlada, dirigida, detenida o manipulada. Como apuntó Enrique Baloyra<sup>1</sup>, «el error de la CIA consistió en inmiscuirse en la lucha, conformarla de manera que se logaran sus objetivos con nuestros medios, no nuestros objetivos con nuestros medios».

Si algún beneficio podría derivarse de discutir esta parte de nuestra historia, sería el arribar a algunas conclusiones:

- 1] La guerra real en Cuba no fue en lo absoluto entre dos potencias compitiendo por la supremacía mundial.
- 2] Tampoco fue entre el Goliat que, a 90 millas de distancia, sigue interfiriendo, desgraciadamente, en la historia de nuestro país, y el David que, por primera vez, se rebela y triunfa.
- 3] La guerra entre el David y el Goliat duró 72 horas. La guerra entre el Gobierno y los cubanos que se le opusieron y presentaron una resistencia militar duró seis años. Y esta guerra ni es conocida ni respetada. El Goliat interfirió en ella, nos consta, y existen documentos que lo prueban, porque aquellos de la primera oposición que lucharon en Cuba no pidieron permiso para comenzar, organizar, sostener o dirigir su lucha ni sus métodos para lograrlo. Desde el principio, la resistencia en Cuba sabía que tenía que ocuparse de sí misma.

Escuchábamos con frecuencia que cada vez que alguien dejaba Cuba porque su trabajo resultaba ya imposible por la persecución, los servicios de inteligencia americanos les daban la autoridad de continuar dirigiendo la clandestinidad desde el exterior. Les daban una autoridad que no estaban facultados para dar: el poder de decidir sobre las vidas de otros. O los grupos políticos en el exterior nombraban a dedo a nuevos líderes de la resistencia, con el apoyo de los servicios de inteligencia americanos. No hay pueblo que pueda conducir una lucha desde fuera de sus fronteras. Debe ser conducida desde adentro, por aquellos que están adentro. Algunos soñaban, y aún sueñan, que Estados Unidos no iba a permitir un país comunista a 90 millas de sus costas. De esa idea partió una más peligrosa dentro de las oficinas de la CIA: «Los cubanos nos están dando permiso para decidir por ellos cómo dirigir esa guerra». Nosotros mismos los llamamos, les dimos un permiso tácito e implícito; les dimos el control del destino de una parte de la lucha dentro y fuera de Cuba, y ellos se la robaron completamente.

Mientras la oposición aumentaba, el régimen mejoraba el sistema represivo. Era ya notable la disparidad entre la magnitud de la resistencia y los recursos con que contaba; entre el crecimiento de la clandestinidad y el desconocimiento, la mala información, de la oposición fuera de Cuba. En julio de 1960, la falta de visión de lo que ocurría en Cuba aumentaba. La comunidad exiliada estaba infiltrada. La estrategia general interna y externa parecían coincidir, pero la falta de comunicación era crítica y el control de los abastos era nulo, así como lo era el control sobre el entrenamiento de hombres.

Aun así, conseguimos expandir nuestra organización, aumentar la preparación para la guerra, impartir entrenamiento dentro de Cuba. Al mismo tiempo, extendíamos la red de seguridad interna y la protección general, prioridad para conocer el aparato de inteligencia enemigo. Logramos compartimentar la resistencia, creando más de un Movimiento de Recuperación Revolucionaria (MRR): uno para organizar la guerra y otro para ejecutarla. Separados, pero ambos coordinados por el alto mando. Expandimos la presencia de la mujer

en la clandestinidad, sobre todo en inteligencia, organización y coordinación de la seguridad y protección interna, así como en comunicaciones y propaganda. Ellas desarrollaron actividades indispensables de una manera única en la historia de Cuba. Establecimos contactos con las guerrillas para llevarles armas y suministros e ir estableciendo un plan general de integración: involucrar al país en guerrillas integradas por hombres bien entrenados, muchos de ellos ex guerrilleros. No existía la idea de una invasión armada. La lucha tomó cuerpo demasiado rápido, antes de poderla organizar enteramente.

Pero el apoyo no llegaba. El Gobierno americano no nos abandonó, simplemente nos ignoró. Nunca creyeron en la revolución desde dentro de la Revolución. No nos controlaban; por eso nos desconocieron. Cuba no era la Guatemala de 1954, ni nosotros éramos Castillo Armas. Un gran error fue creer que había dos oposiciones, la de adentro y la de afuera. La de adentro nutría a la de afuera, y sin la de adentro, la de afuera no podía vencer.

La obsesión de controlar todo desde las oficinas centrales de la CIA fue la razón de incontables confrontaciones<sup>2</sup>. Eso explica la formación de una brigada de asalto mal preparada, con hombres insuficientes, expuesta al fracaso, no por falta de coraje, sino por la noción, sembrada por la CIA, de que no debían contar con el pueblo que estaba llevando la lucha adentro. Aquella oposición interna nunca fue escuchada, ni alertada siquiera sobre la fecha de la invasión.

Desde fines de octubre de 1960, después del fracaso del alzamiento del comandante Plinio Prieto en el Escambray, quedó muy claro que era necesario a toda costa repetir la operación planeada por él, o el Escambray se desintegraría ante el cerco del Ejército que cada vez se ampliaba más, la falta de sostén material y la presión sobre los campesinos que cooperaban con los alzados. Se planificó apresurar la entrada de hombres de los grupos de infiltración para enviarlos al Escambray, acordar con los grupos de alzados un punto y fecha de recepción de armas por aire, y regresar a la clandestinidad para coordinar las entregas. Y recopilar todas las armas posibles para coordinar un alzamiento conjunto con el Movimiento 30 de Noviembre.

Pero fracasó el suministro por aire al Escambray. Las armas fueron lanzadas fuera de las montañas, doce millas al norte, sobre el Salto del Hana-banilla, donde había nada menos que un enorme campamento de milicias del Gobierno cubano. La noticia, con abundantes fotos, salió en toda la prensa cubana y mundial.

A fines de noviembre de 1960, existían en Cuba numerosos grupos guerrilleros. En el Escambray eran cerca de 3.000 hombres agrupados en 82 guerrillas, muchos de ellos sin armas: Evelio Duque con sus hombres, la guerrilla comandada por Osvaldo Ramírez, la del comandante César Páez, la de Membivre, la de Merejo Ramírez y otras. En Camagüey, la de Tomás San Gil en la Sierra de Cubitas. Hubo varias en Pinar del Río, Matanzas y las Villas, que sumaron más de treinta antes de Girón. Estas guerrillas, lejos de cesar, crecieron en número y extensión a lo largo del territorio a pesar del fracaso militar de Girón y del pobre o casi nulo apoyo externo, especialmente durante

1961 y 1962. Las conspiraciones militares dentro de las Fuerzas Armadas eran aún frecuentes en 1962; hasta fines de agosto, cuando hubo una captura y fusilamientos masivos de muchos militares.

Comienza entonces la infiltración de hombres, entrenados sobre todo en guerra de guerrillas y radiocomunicaciones, en todas las provincias. El control sobre esos enlaces estaba totalmente en manos de la CIA. Esos hombres, emplazados en lugares recónditos, sin interacción con los combatientes cubanos y desconocedores de nuestras realidades y de nuestra guerra dentro de Cuba, tenían todos los hilos en sus manos. La suerte de la lucha contra el enemigo adentro estaba echada por otros desde afuera.

A fines de 1960, 150.000 soldados y milicianos rodeaban el Escambray, centro de la mayor concentración de guerrillas. La rama militar del MRR duró hasta 1966, cuando el grupo central de sus dirigentes más importantes fueron arrestados y ejecutados. Muchos habían luchado en la Sierra Maestra con Castro.

Jorge Domínguez, profesor de Ciencias Políticas de Harvard, me preguntó en 1995 si yo no pensaba que nuestra concepción sobre aquella primera oposición no había sido demasiado militar. Yo asentí. Hoy añadiría que no fue una concepción sino una combustión espontánea. Las razones que había en 1960 para oponerse al régimen despótico siguen vigentes aun hoy, multiplicadas por 47 años de lo mismo. El líder ha trasladado enteramente su vacío ético a su infructuosa Revolución.

**1** Fragmentos de la conferencia «Bahía de Cochinos y eventos relacionados» (Musgrove, Georgia, 1995).

**2** El 29 de Noviembre de 1960 el jefe de la CIA, Allen Dulles, informó al presidente Kennedy sobre el concepto de un desembarco en Cuba.



Entre dos aguas.  
Óleo sobre lienzo, 200 x 150 cm., 1998.